

Cajamarca, en el actual Perú, mayo de 1532

El sol despuntaba en la gran plaza de Cajamarca. Bajo la atenta mirada de los soldados españoles, apostados en cada una de las esquinas, los campesinos se encaminaban lentamente hacia los campos de labor. Los primeros rayos del sol iluminaban la fachada sombría del palacio del Inca. En los sótanos del palacio, en un aposento acondicionado para él por Francisco Pizarro, yacía en su litera el Sapa Inca Atahualpa, soberano del imperio, Hijo del Sol, heredero de la estirpe del dios Inti y continuador de la gloriosa saga de Manco Capac y Mama Olló, que comenzaron la expansión y el dominio del pueblo inca por el altiplano y las llanuras hasta el mar. La sola mención de su nombre inspiraba terror y veneración en todo el mundo conocido. Y, sin embargo, aquel puñado de españoles no sólo se había atrevido a mirarlo a la cara, sino que lo había embaucado y apresado. El Sapa Inca no acababa de entender lo ocurrido. Al principio pensó que eran enviados de Viracocha, el creador de los tres mundos, que venían a felicitarlo por su victoria sobre Huáscar y a desearle paz y prosperidad en su reinado. Luego, conforme le fueron llegando noticias, concluyó que se trataba de guerreros de algún reino lejano. Nunca creyó que aquellos hombres, con sus bestias de larga cola y sus atronadores canutos que sembraban desolación y muerte, fueran diablos que venían a destruir el Tahuantinsuyo. Eso eran supercherías de campesinos incultos.

Los embajadores de Pizarro lo habían encontrado en los Baños, a una legua de Cajamarca. Venían acompañados por un intérprete inca que decía haber conocido a su padre Huayna Capac y al rey de los españoles, al otro lado del mar. No quiso recibirlos, pues acababa de cumplir con el ayuno ritual. Sin embargo, les hizo saber que eran bienvenidos a Cajamarca y les anunció que al cabo de dos días

iría con su comitiva a visitarlos. Según sus informes, los españoles no llegaban a doscientos. Veinte mil guerreros rodeando la ciudad bastarían para espantarlos. No le dio más importancia al asunto y continuó con las ceremonias de purificación, antes de emprender el viaje a Cuzco para instalarse de una vez por todas en la capital del imperio.

Dos días más tarde, poco después del mediodía, la impresionante comitiva entró en Cajamarca. Cien portadores llevaban a hombros el majestuoso trono de Atahualpa, ataviado con todos los símbolos de su poder. Los grandes señores del imperio caminaban tras él, y todos sus súbditos bajaban la mirada a su paso: nadie podía resistir la mirada del Hijo del Sol. Sin embargo, a pesar del enorme despliegue del ejército inca, los españoles no habían huido. ¿Aquel puñado de extranjeros no había sentido el terror propio de todo ser humano ante su suprema autoridad? Por el contrario, lo esperaban en formación en el fondo de la plaza. Al frente, un individuo ataviado con una extraña túnica y un aspa de madera colgada del pecho.

Cuando la comitiva se detuvo, el español de la túnica se adelantó. Llevaba en una mano un pliego de pergamino y en la otra un objeto extraño, formado por muchos pliegos de pergamino cosidos por un borde. Atahualpa no salía de su asombro ante tanta osadía. Aquel extranjero no sólo lo miraba a los ojos, sino que comenzó a hablar en voz muy alta, mirando el pergamino, sin dar siquiera tiempo al intérprete a intervenir. El Inca no entendió absolutamente nada, pero ni el tono de voz ni la actitud de aquel hombre le gustaban en absoluto. Dirigirse al Hijo del Sol de semejante manera era más que un insulto. Estaba a punto de dar la orden de ataque, cuando el hombrecillo, con gesto insolente, le tendió el extraño objeto que llevaba en la mano.

Atahualpa, desconcertado, se inclinó para cogerlo. Un murmullo de sorpresa recorrió las huestes incas: el emperador se dignaba acercarse al extranjero e, incluso, se inclinaba hacia delante. Abstraído por completo e ignorante de la reacción de su pueblo, el Hijo del Sol examinó el objeto. No era más que un puñado de hojas cosidas por un costado. Con muchas figuritas negras dibujadas. Le dio vueltas entre las manos, lo agitó, se lo acercó al oído. Ninguna señal. Se lo

acercó a la nariz. Ningún olor. Aburrido y decepcionado, lo arrojó lejos de sí. Y entonces estalló el infierno.

El personaje de la túnica, desencajado por la ira, lanzó un chillido incomprensible. Al momento, retumbaron las explosiones y varios miembros de la comitiva se desplomaron en el suelo. Un grito de horror recorrió la multitud inca, que miraba desconcertada a su emperador. El Sapa Inca se puso de pie. Se tambaleó y estuvo a punto de caerse. Cundió el pánico. Si el Hijo del Sol perdía el equilibrio, el mundo entero estaba desmoronándose. Todos echaron a correr como locos, arrollando a empujones a los que tenían delante. Los estallidos de los españoles seguían atronando el aire. La sangre empezaba a anegar el suelo con un charco siniestro. Los muertos taponaban la salida, pero la tropa del emperador, ciega de terror, empujaba y empujaba. El muro que cerraba la plaza cayó derribado por la presión de la multitud.

Al día siguiente, los españoles aún arrojaban cadáveres a la enorme hoguera encendida en el centro de la plaza de Cajamarca. Más de veinte mil habían muerto abatidos por los disparos de los arcabuces, los certeros golpes de espadas y lanzas, y, sobre todo, por la avalancha humana que se produjo cuando el Hijo del Sol estuvo a punto de caer de su trono.

Atahualpa fue conducido a los sótanos del palacio, y Pizarro y sus hombres tomaron posesión de la ciudad.

Cusi Tupac Yupanqui, Sumo Sacerdote del Imperio Inca y hermano ritual del emperador, se acariciaba el rostro con gesto pensativo en su residencia de las afueras de Cajamarca. Era el Villac Umo, presidente del Consejo Supremo, y, en esos momentos difíciles, su cargo revestía especial importancia. Pizarro tenía prisionero a Atahualpa. Le permitía recibir visitas, tomar decisiones y enviar mensajes para el gobierno del imperio, pero no salir de sus aposentos en el sótano del palacio.

Desde que los rumores sobre los españoles llegaron a Cuzco, tuvo la intuición de que se acercaba el momento de la verdad. Él era descendiente de los yatiris, los sabios del pueblo aymará, conocedores de

los secretos del tiempo, la vida y la muerte. Los incas, belicosos y arrogantes, habían sometido a los suyos cientos de años atrás; pero los yatiris poseían la sabiduría del conocimiento secreto, y, casi sin que los nuevos amos se dieran cuenta, se infiltraron entre sus sacerdotes.

Al comienzo no fue fácil. Adoptar los nuevos ritos, adaptarlos a los tiempos, ganarse a los nuevos dueños de la situación y, al mismo tiempo, preservar el secreto había exigido grandes dosis de paciencia, inteligencia y astucia. Los yatiris custodiaban el Gran Secreto oculto en galerías enterradas a orillas del lago Titicaca. Allí donde Inti había convertido en pumas de piedra a los demonios que intentaron devorar a sus antepasados antes del diluvio.

Dos golpes en la puerta sacaron a Cusi Tupac de sus cavilaciones. Se dirigió a la entrada con paso rápido. La silueta furtiva del mensajero que hablaba español se recortó contra las luces del alba.

—Inti te guarde, Villac Umo —dijo, con una reverencia.

—Despacha rápido, Martinillo del demonio. Estoy ocupado.

—De parte del señor don Francisco Pizarro: que se presente su eminencia lo antes posible en el palacio de Cajamarca. El Sapa Inca desea veros.

—Dile que iré en cuanto pueda.

Nada bueno auguraba el anuncio. Los incas habían profanado demasiado tiempo a la Madre Tierra, y ahora Pachamama se tomaba su venganza. Acudiría a la entrevista dispuesto a todo. Sintió un escalofrío de temor y orgullo: intuía que el destino le tenía reservada una misión que ningún yatiri habría podido imaginar. Quedaba encomendarse a los dioses para llevarla a cabo con éxito. Pero mejor no precipitarse. De momento, debía ir a Cajamarca y averiguar lo que quería comunicarle Atahualpa.

Atahualpa permanecía sentado en el amplio aposento donde los españoles lo tenían confinado. La luz entraba por unas ventanas situadas al nivel de la calle, pero el palacio estaba muy vigilado y nadie se atrevía a pasar al lado de sus muros. Por los mensajeros que recibía a diario sabía que el pueblo esperaba inquieto sus instrucciones. Había

corrido la voz de que estaba en manos de los españoles, pero nadie sabía con certeza si lo mantenían prisionero o era su huésped, como Pizarro se esmeraba en propagar.

¡Qué personaje, el español! Le había permitido recibir clases de su lengua e incluso iniciarse en el extraño arte de la escritura. Ahora comprendía mejor la afrenta que había cometido al arrojar con desprecio aquel libro al suelo. Los españoles lo llamaban Biblia y contenía su Palabra Sagrada. Y sentían por ella una gran veneración. De todas maneras, la personalidad de Francisco Pizarro lo tenía cautivado. Le permitía recibir embajadores y enviar mensajeros, y se dirigía a él en tono respetuoso y con palabras cordiales. Pero algo le ocultaba. El brillo de sus ojos y la dureza del gesto delataban algo muy distinto del respeto y la amistad. Una determinación inquebrantable, un propósito firme, quizá despiadado, había echado raíces profundas en el corazón del español.

Llamaron a la puerta y Atahualpa dirigió hacia allí la mirada. Los tres golpes eran inconfundibles: Pizarro. El español entró en la estancia acompañado de aquel grotesco mensajero, Martinillo, que se había hecho tan popular. Acompañaba a los españoles desde los tiempos en que Pedro de Candia visitara el palacio de su padre Huayna en Cuzco. Luego, el español lo había llevado consigo hasta su tierra, al otro lado del mar, y ahora ejercía de intérprete, aunque su aspecto invitaba a desconfiar. Menudo, flaco, los ojos huidizos, el pelo escaso y los dientes un poco saltones. Parecía un duende malvado.

Pizarro se acercó con paso pausado. Tras los saludos y frases de rigor, el español se mesó la barba con parsimonia.

—Tengo un asunto grave que tratar con vuestra excelencia —dijo a través del intérprete.

—Vos diréis, don Francisco.

—Mis hombres me insisten en que os solicite alguna muestra más de vuestra buena voluntad hacia nosotros los españoles. Os saben en posesión de grandes tesoros, aunque apenas han visto una pequeña muestra en vuestro campamento.

Era eso, entonces. Atahualpa miró a Pizarro a los ojos y por fin comprendió. Ya antes había notado la codicia con que los españoles miraban el oro y la plata. El oro, sobre todo, parecía ser para ellos una deidad suprema por la que estaban dispuestos a morir y matar.

Reaccionó con rapidez: en aquella codicia había una posibilidad de salvación:

—Lo entiendo, don Francisco. Estoy dispuesto a llenar una estancia del palacio con oro y dos con plata... —La expresión adusta de Pizarro se suavizó—. Si vos cumplís ciertas condiciones.

—¿Condiciones...? ¿Qué condiciones?

—En realidad, una sola. Yo quedaré libre después de cumplir mi parte del trato.

—Por supuesto, por supuesto —se apresuró a afirmar Pizarro—. Incluso, firmaré un documento en el que se recojan estas condiciones.

—Ya sabéis que nosotros desconocemos ese arte que vos llamáis «escritura». Me daré por satisfecho con vuestra palabra.

—Contad con ella, vuestra excelencia. De todas formas, extenderé el documento para que mis hombres entiendan la seriedad e importancia de este trato.

Cusi Tupac entró en Cajamarca por la puerta del este. Se dirigió con paso decidido hacia la plaza, bajo la atenta mirada de los vigías españoles, que ya lo conocían. Nadie le preguntó nada al atravesar la pesada puerta del palacio. El centinela tampoco lo saludó ni hizo el menor gesto de reconocimiento o alarma. El Sumo Sacerdote enfiló las escaleras que arrancaban en el lado oeste del patio y descendió hasta el semisótano, donde estaban los aposentos del Inca.

Los dos hombres se miraron en silencio. El Sumo Sacerdote era de los pocos mortales con derecho a mirar al Inca a los ojos. Él sí podía resistir el fulgor de la mirada del Hijo del Sol. Atahualpa le expuso en pocas palabras su conversación con Pizarro. Luego, le dio instrucciones para que mandara mensajeros a ciertos lugares clave del imperio con la orden de que reunieran las cantidades convenidas de oro y plata y armaran tres caravanas que los transportaran a Cajamar-

ca. Una saldría de Cuzco; otra, de la región del Titicaca, y la tercera, desde el Potosí. Deberían llegar con un intervalo de diez días entre una y otra. Contaban con tres meses de plazo para completar la operación. El Inca se mostró parco y preciso en sus instrucciones.

—Debo salir de aquí. Y salvar el imperio.

La serenidad de Atahualpa había impresionado siempre a Cusi. Nunca, ni en las situaciones más desesperadas, lo había visto dudar o flaquear. Siempre parecía saber lo que hacía y por qué lo hacía, como si el mismísimo Sol le sirviera de guía. Desde luego, aquello era una trampa de Pizarro: detrás de aquel documento tan pomposo y oficial se escondía una traición. Y tanto Cusi Tupac como Atahualpa lo sabían. Sin embargo, conversaron como si, en efecto, Pizarro fuera a cumplir su palabra. Precisarón los detalles de la operación y se entregaron a hacer cábalas sobre lo que acontecería en el futuro, cuando el Inca fuera liberado y llegara a la capital del imperio. Cusi Tupac habló del desconcierto del pueblo y de cómo los nobles más prominentes y él mismo estaban procurando restablecer la calma hasta que Atahualpa se instalara definitivamente en el trono. Por el momento, lo estaban consiguiendo, y la situación podía definirse como de tensa expectación. Se despidieron con la debida solemnidad.

Cusi salió del palacio convencido. El momento había llegado. El Imperio Inca vivía sus últimos días y el mundo tal y como lo habían conocido se desmoronaba para no volver a renacer. Una nueva punzada de orgullo e inquietud le recorrió las entrañas. Se avecinaban tiempos oscuros. Y el destino le había reservado la misión de poner a salvo el secreto. La cuestión era cómo.

Para los asuntos de vida o muerte, los yatiris aconsejaban «llenarse de sol» en una de las Sillas del Cóndor. En todo el imperio, los sumos sacerdotes conocían determinados enclaves —siempre en alto, siempre orientados al este—, donde las corrientes de luz que circundan la Tierra confluyen. Los incas no sabían nada de esto. Los aymarás habían sabido descubrir en los accidentes de la naturaleza estos flujos invisibles y los lugares precisos en que un hombre entrenado podría sentir su paso a través del cuerpo, la mente y el espíritu. En ese estado, «lleno de sol», un yatiri puede contemplar el mundo desde lo

alto, con mirada de cóndor, y percibir de manera natural el devenir del pasado, el presente y el futuro.

Como todos los yatiris, Cusi Tupac conocía los lugares y tenía una noción más o menos precisa de lo que le podía ocurrir. Ese conocimiento formaba parte del secreto que su tío le había transmitido y que él debería transmitir al sobrino elegido. Pero nunca lo había experimentado en carne propia. Claro que había recurrido a «llenarse de sol» cuando tenía que tomar decisiones importantes. Pero la Silla del Cóndor era otra cosa. No había más que tres en todo el imperio, y sólo debían ser utilizadas en momentos verdaderamente cruciales.

La silla más cercana a Cajamarca se encontraba a apenas tres jornadas de viaje, y Tupac Yupanqui decidió ponerse en camino de manera inmediata. La suerte estaba echada. Sólo le quedaba confiar. Recogió lo necesario y se encaminó con paso firme hacia el collado donde debería abandonar la ruta principal. Los campesinos y los mensajeros lo saludaban con respeto al reconocer sus vestiduras. Procuraba mantener la mente tranquila. Un torbellino de ideas locas se apoderaba de ella en cuanto bajaba la guardia. ¿Adónde llevaría el tesoro? ¿Cómo escondería de los españoles su auténtico valor? Calma, calma. Iba a llenarse de sol para encontrar una respuesta. Poco antes del crepúsculo, paró a pasar la noche en una de las posadas que jalonaban el camino.

Al día siguiente, dejó atrás el acueducto de Cubemayo, atravesó el bosque de los sacerdotes de piedra y se detuvo un instante a contemplar la misteriosa gruta que tanto temor causaba a los campesinos. Ahí abandonó el camino y comenzó a ascender por el sendero de llamas que trepaba hasta el cañón del Changal. Encaminó sus pasos hacia la parte más alta del desfiladero. El sol aún calentaba pero se acercaba el momento del ocaso. A la derecha localizó la pequeña explanada donde debía pasar la noche. A unos cincuenta pasos, la inmensa pared vertical de la montaña, y, en el borde del precipicio, la Silla del Cóndor. No había comido nada desde la víspera pero no sentía ningún malestar. Había ayunado desde niño y sabía que sólo el ayuno, que aclara la mente y limpia el espíritu, le permitiría escuchar y entender el lenguaje del sol. Se sentó en el suelo de la explanada con

las piernas cruzadas, cerró los ojos y se concentró en la imagen de una roca con forma de felino. Una ligera sensación de frío le recorrió la espalda. Se echó en el suelo y se arrebujó en la manta. Pocas horas después, Cusi Tupac Yupanqui, Sumo Sacerdote de los incas, heredero de los yatiris y portador actual del Gran Secreto de los aymarás, se incorporó lentamente y se dirigió hacia la Silla del Cóndor. Se sentó. Sintió que la roca se amoldaba perfectamente a las curvas de su cintura. Las piernas y los pies le colgaban en el abismo. Dirigió su mirada al frente. Una tenue claridad comenzó a aparecer por el horizonte. Tupac Yupanqui cerró los ojos. Todo estaba diseñado y decidido, y él simplemente tenía un papel que desempeñar. En pocas horas lo conocería. El primer destello luminoso reverberó por el este. Tupac Yupanqui comenzó a llenarse de sol.

Desde la muerte de Atahualpa, Francisco Pizarro se sentía más seguro de sí mismo. Tanto la acusación de traición como la posterior ejecución fueron totalmente legales. El pobre desgraciado se había bautizado en el último momento. La conquista marchaba viento en popa, y los preparativos para el embarque del tesoro estaban casi listos. Hernando Zamora era un excelente marino y un gran soldado. Pizarro estaba convencido de que llevaría la misión a buen puerto. Tenía previsto enviar todo el tesoro en una nao custodiada por un galeón y dos carracas, costeano hacia el norte hasta Nuestra Señora de la Asunción, al oeste del istmo de Panamá; desde allí, seguiría el Camino Real hasta el puerto de Nombre de Dios, en el Atlántico, y embarcaría de nuevo rumbo a España. También había resuelto enviar a la Corte al Sumo Sacerdote, con todo su ayllú, pese a que lo componían más de sesenta personas. Aquel Yupanqui no dejaba de sorprenderlo. Desde el primer momento se había mostrado como el más solícito de los súbditos, siempre dispuesto a colaborar con los conquistadores. Propuso al sucesor de Atahualpa, sugirió la manera más conveniente de acercarse a los nobles de la capital, se ofreció a enviar mensajeros con noticias tranquilizadoras sobre la traición, juicio y ejecución de Atahualpa, y participó en el nombramiento del nuevo emperador.

Y, sin embargo, Pizarro no las tenía todas consigo. Yupanqui era servicial, pero jamás servil. Tenía la mirada del hombre orgulloso y confiado, que sabe muy bien lo que quiere y cómo conseguirlo. Por lo demás, su conducta era irreprochable. Hacía grandes progresos en el conocimiento del español. Cuando Pizarro decidió presentar a algunos indios ante el Rey de España, se ofreció de inmediato con todo su ayllú. Por más vueltas que le daba, Pizarro no lograba descubrir ninguna intención oculta, ninguna trampa. Los fervientes deseos del Sumo Sacerdote de viajar a España para rendir pleitesía al Rey acabaron de convencerlo de que actuaba de buena fe. Sencillamente, se había convencido de la superioridad de los españoles.

Se encontraba todavía en Cajamarca cuando el capitán Hernando Zamora le solicitó audiencia. Pizarro se quedó perplejo. Esa misma mañana, Zamora tendría que haber zarpado con el tesoro, la escolta y el ayllú de Yupanqui rumbo a Nuestra Señora de la Asunción.

Zamora era un hombre bajo y fornido. Su abundante cabellera negra, que arrancaba cerca de las cejas, apenas dejaba entrever una frente muy estrecha y surcada de arrugas. Gozaba de un bien ganado prestigio entre los españoles por su demostrada capacidad de mando. A nadie le extrañó que Pizarro lo hubiera escogido para una misión que, según se rumoreaba, era de la máxima importancia.

—Con su permiso, excelencia. Desearía comentaros algo sobre la travesía.

—Ya tendrías que haber salido para el puerto, Hernando.

—Justamente de eso quería hablaros, excelencia. Me han informado de que la costa está infestada de piratas franceses.

—Con un galeón, dos carracas y más de ciento cuarenta soldados, vais protegidos más que de sobra, ¿no?

—Sí, sí, pero se rumorea que saben que llevamos un cargamento especialmente valioso. Y que se han aliado con ciertos corsarios de Inglaterra y han armado una auténtica flota. Incluso se asegura que la Corona inglesa apoya y financia la operación. Cuentan con barcos ligeros, excelencia, y son muy peligrosos en alta mar.

—¿De dónde ha partido ese rumor? Toda esta operación es del máximo secreto.

—Lo sé. Pero lo mismo parece saber todo el mundo. Nadie habla abiertamente del cargamento. Pero se ha convertido en un secreto a voces, porque no hay rumor más insistente en todos los puertos de aquí a Panamá. —Hernando Zamora pareció hacer acopio de todas sus fuerzas—. En realidad, excelencia, creo que sería mejor tomar la ruta del oeste, navegar hacia el sur y atravesar el paso de las Mil Vírgenes, como había hecho Magalhães. A nadie se le ocurrirá pensar que vamos a dar un rodeo tan largo. Y no hay piratas en el Mar del Sur. Además, podríamos reducir la flota a dos barcos: una carraca para el cargamento y un galeón para los pasajeros y los soldados de la escolta.

Pizarro se quedó pensativo un buen rato, calibrando la sorprendente propuesta de Zamora. Algo en su interior le decía que su subordinado tenía razón. Además, si eran capaces de mantener, esta vez sí, el más absoluto secreto, quizá también podrían eludir los controles de la Aduana y quedarse con una buena parte del botín. ¿Qué importaban unas semanas más de navegación? Los barcos iban bien pertrechados; en el Mar del Sur las tormentas eran prácticamente inexistentes. Sí. Definitivamente aquello sonaba bien.

—Organízalo todo para hacerlo así, Hernando. Pero sigue adelante con los preparativos como si fueras a viajar por el Atlántico. Tenlo todo dispuesto en Nuestra Señora de la Asunción como si fueras a atravesar el istmo, y que los barcos previstos, totalmente equipados, te esperen en Nombre de Dios. Sólo en el último momento, cargarás el galeón y la carraca y partirás por la otra ruta. ¿Crees que podrás hacerlo sin que nadie se entere?

—Contad con ello, excelencia. La expectación es tanta que nadie sospechará de un cambio de planes. Déjelo de mi cuenta. Mis hombres son de confianza.

Se despidieron con un abrazo. Zamora se dirigió hacia sus cuarteles, satisfecho de haber convencido a Pizarro con tanta facilidad. La sugerencia de aquel Tupac Yupanqui había sido espléndida. Nadie, aparte de él, podría controlar ahora la travesía de los barcos por el Mar del Sur. En cuanto a la llegada del tesoro a España, tenía sus propios planes.

Pizarro, por su parte, volvió a sus proyectos de tomar la capital,

dejar instalado allí al nuevo emperador y partir lo antes posible para España, a disfrutar de las inmensas riquezas de Atahualpa. El Inca había sido un verdadero traidor. Merecía haber sido ejecutado en el garrote en nombre de la Corona.

Cusi Tupac Yupanqui contemplaba el horizonte acodado en la borda del galeón *Santa Brígida*. Apenas un soplo de brisa empujaba los barcos hacia el sur, a través de la inmensa extensión de agua. Por delante, la carraca *Nuestra Señora de la Cinta* cabeceaba suavemente sobre las olas. El sol estaba en lo más alto y el día era espléndido, sin una sola nube en el horizonte.

Desde su experiencia en la Silla del Cóndor, Tupac Yupanqui ya no albergaba dudas ni en el cerebro ni en el corazón. Sus intuiciones se habían visto confirmadas. El mundo iba a cambiar. Con los españoles, habían llegado la codicia y la destrucción. Los hombres se alejarían cada vez más de los designios de Pachamama. El ansia de riquezas traería consigo un frenesí de muerte y destrucción. Hasta la religión caería rendida ante el oro.

El mensaje estaba claro. Y también lo estaba su misión: poner el tesoro a salvo hasta que aquella era nefasta llegara a su fin y aparecieran otros hombres, con otros ideales, con nuevos sentimientos en los corazones; hasta que Pachamama fuera de nuevo la casa de todos. Hasta entonces, y Tupac Yupanqui sabía que el momento tardaría años en llegar, el secreto del Sol debía permanecer escondido. Ni la ubicación de las Sillas ni la Cúpula del Tiempo podían caer en manos de aquellos salvajes dominados por la codicia y la lujuria. Él mismo debía ponerse a salvo para culminar su misión.

Había aplaudido la miserable ejecución de Atahualpa como un hecho de justicia. Había aconsejado a los españoles y se había ganado la confianza del capitán Zamora, aprovechándose de su codicia insaciable. De momento, todo estaba saliendo a pedir de boca. El tesoro y su secreto iban rumbo a su nuevo hogar. Y todo su ayllú lo acompañaba. Llegado el momento, no sería difícil elegir a su sucesor.

El capitán Hernando Zamora no estaba menos complacido. Las

naves avanzaban sin incidentes, y la brisa era suave pero constante. El objetivo se hallaba cada vez más cerca. Aquel indio cándido que le había sugerido la idea de viajar por el Mar del Sur no sabía con quién trataba. El infeliz pretendía llegar a España con su horda de desarraigados para presentarle sus respetos al mismísimo Rey. ¡Qué desfachatez! Y el imbécil de Pizarro se lo había tragado todo sin rechistar, obsesionado con la conquista del Imperio Inca y cegado por la codicia. Una sonrisa casi imperceptible se dibujó en los labios del capitán. Había calculado la maniobra a la perfección. Una vez en el Atlántico, desviaría el rumbo hacia la pequeña isla donde había construido su refugio. Los pilotos y los capitanes de guerra estaban de acuerdo. Con la cantidad de oro que llevaban en las bodegas no sería difícil convencer al resto de la tropa. Tendrían una vida mejor. Y él podría establecerse por su cuenta. Ni en sus delirios más optimistas se hubiera atrevido a soñar que lo conseguiría con una fortuna tan inmensa en su poder.

Una pequeña sombra con forma de joroba se dibujó en el horizonte. El capitán Hernando Zamora echó mano de su catalejo y decidió pasar de largo. Los barcos estaban abastecidos para muchos días y no había ninguna necesidad de aguar hasta la tierra de los patagones. Dio orden de desviar ligeramente a estribor para esquivar la isla. Nunca sabía uno qué podía encontrar en aquellas latitudes. Cerró el catalejo y notó una especie de escalofrío. La brisa arreciaba por momentos. Se arrebujo en la capa y pensó que aquello era bueno, pues llegarían más pronto.

Estaba a punto de retirarse a su camarote cuando le pareció distinguir un resplandor hacia poniente. Miró con atención. Se diría que eran rayos. ¿Una tormenta?, ¿en pleno verano? No. Aquel mar era una balsa de aceite. Pero la brisa seguía aumentando y el mar se encrepaba. De repente, una enorme explosión retumbó en sus oídos e hizo temblar la embarcación. Desde poniente, y a una velocidad vertiginosa, avanzaba hacia ellos una imponente masa de nubes negras de la que brotaban racimos de rayos como sarmientos luminosos. Un estruendo ensordecedor volvía inaudibles los gritos de los pasajeros y la tripulación. Las olas se hacían más y más grandes.

Hernando Zamora miró hacia la popa tratando de localizar al piloto. Quería increparlo por no haberse puesto aún a resguardo del temporal. Pero se encontró con la silueta de Cusi Tupac perfilada contra el horizonte. Aparecía imponente, erguido sobre la punta de los pies, con la cabeza alzada hacia el cielo y el brazo derecho extendido hacia las nubes. El capitán se estremeció. Aquélla fue la última imagen que vio Hernando Zamora. Una enorme ola lo arrojó por la borda y todo se convirtió en oscuridad.

El perfil de la isla se recortaba cercano en el resplandor incandescente de los relámpagos.